



CAMPO ABIERTO

Escriben:

- FEDE FUENZALIDA / SOLEDAD FALABELLA
- ANASTASIA BENAVENTE ESQUIVEL / MAURICIO SALINAS SODOMASS



JACK HALBERSTAM

Entrevista a Jack Halberstam:
Anarquitectura, tensiones intergeneracionales y
estructuras no binarias del deseo:
el género como campo de lucha

FEDE FUENZALIDA

SOLEDAD FALABELLA

Universidad de Chile

“Lo no binario es un gran “NO” que se expresa a través del género, y esto tiene profundas implicaciones políticas. No tengo idea de cómo se desarrollará el concepto en el futuro, pero sé que, si yo fuera joven, mi animadversión se dirigiría contra aquellos que me han arruinado todo.”

El libro *La Masculinidad Femenina*, publicado en 1998 por Jack Halberstam, marcó el inicio de un verano de lectura intensiva sobre su obra. Un mensaje de admiración a través de una red social

dio lugar, de manera inesperada, a una entrevista con el autor. A continuación, compartimos un fragmento de nuestra conversación, que tuvo lugar una tarde de junio de 2024, durante su visita a Chile.

F y S: Nos gustaría conocer sobre la aparición de su voz en la esfera pública de la académica, ¿Cómo surgieron sus primeros escritos y su búsqueda teórica?

JH: En el año 1991 conseguí mi primer trabajo en la Universidad de California, en ese momento inició justamente el auge de la teoría queer, por lo que mi trabajo y la teoría queer ocurrieron al mismo tiempo. Esto significó que tuve la oportunidad de formar parte del primer grupo de académicos que, como muchos, tenía una formación muy convencional en una disciplina, pero cuando estábamos en nuestros puestos de trabajo se nos pedía que enseñáramos sobre teoría queer, género y sexualidad. Y la verdad es que yo estaba encantado de hacerlo, eso significó que obtuve una educación. En mi primer trabajo, obtuve mi verdadera educación. Aprendí sobre este nuevo campo de la teoría queer, lo que me permitió comenzar a pensar sobre temas que realmente tenían sentido para mí. Así, mi primer libro trata sobre la monstruosidad gótica, que era una forma indirecta de hablar de la homosexualidad. En mi segundo libro, que salió tres o cuatro años después, pude hablar de la homosexualidad a través de la categoría de masculinidad femenina. Esto me llevó a la escena queer de California, donde pude relacionarme con académicos como Judith Butler, Teresa de Lauretis, Eve Sedgwick, entre otros. Sin embargo, yo era un académico junior comparado con ellos. Por ese entonces, trataba de comprender las diferencias entre las lesbianas marimachos de una época anterior y los hombres trans que empezaban a ser visibles a mediados de los noventa.

En ese contexto, comencé a escribir sobre teoría queer y trans. Siempre he pensado que escribía tanto para un público académico como para uno popular. Escribía sobre teoría sobre Drag Kings e investigaba la experiencia de Drag Kings en sectores populares, escribía sobre género, y hablaba teoría queer en lugares académicos. Siempre estaba haciendo ambas cosas a la vez. Eso me llevó a pensar que la formación disciplinaria era algo que, por cuestionar y desafiar, lo reconocí como una limitación que no nos permitía hablar de forma interesante e informada sobre los mundos en los que habitamos. Debido a este contexto, la voz que desarrollé era multidisciplinaria e incluso antidisciplinaria, inspirado también por el punk de Reino Unido, que me orientó siempre a una especie de actitud punk hacia las formaciones disciplinarias.

F y S: Respecto a su proceso de escritura, ¿puede identificar algún cruce de fronteras entre su idea de masculinidad y su propia experiencia de transición de género?

JH: En realidad nunca hice una transición de género en el sentido convencional, primero salí del closet como una *camiona*, porque el lesbianismo de los años 80 era una categoría muy femenina en Estados Unidos y el Reino Unido, y ser una lesbiana masculina no estaba bien en aquella época. Así que en un principio tuve que establecer la masculinidad como un modo posible de identificación para las lesbianas, no como algo que fuera un estereotipo malo, ni tampoco un referente que la gente se viera obligada a adoptar, sino que algo elegido, cultivado y significativo. Luego ocurrió la disputa sobre el significado de la masculinidad con hombres trans que estaban saliendo del armario a mediados de los noventa, y que trataban de decir que las *camionas* eran sólo mujeres, eran sólo mujeres lesbianas, pero el hombre trans era un hombre, y por tanto la masculinidad se debía asociar

con ser trans, no con ser cama, ese fue un gran tema la masculinidad femenina. A finales de los noventa el término *camiona* comenzó a desaparecer a medida que más y más jóvenes identificados como *camionas* realizaron su transición de género. En esos años me negué a ser categorizada como mujer, y me llamé a mí misma *camiona* transgénero, luego es se fue desarrollando. A principios del 2000 cambié mi nombre a Jack, después mis pronombres y así sucesivamente.

Cada vez fue más posible hacer estos cambios, en gran parte gracias al trabajo que realizamos en este primer periodo, aunque muchas veces pasa desapercibido, pero con nuestra experiencia sentamos las bases para las impugnaciones al género que vinieron después. No fue sólo la aparición de los estudios trans lo que permitió todo eso, fue *El Género en disputa* de Butler, *La Masculinidad Femenina*, y otros primeros trabajos que declararon que el género no está bien descrito únicamente como cis o trans, hay muchas, muchísimas, identificaciones de género diferentes. Y es entonces alrededor del 2015, cuando se comienza a oír el termino: no binario. De modo que mi transición se enmarca en todos esos cambios. En el mismo período, creo que ha habido un ajuste de cuentas social con la categoría de masculinidad, un ajuste de cuentas que yo pedí en la década de 1990. Dije, si las *camionas* lesbianas van a hacer la transición para convertirse en hombres trans, deberíamos tener una conversación sobre ¿qué es la masculinidad?, ¿cómo se ve?, ¿cómo se asocia con ciertos comportamientos?, ¿cuál es la relación que propone con las mujeres? En ese momento yo dije seriamente ¿Y si nos convertimos en unos idiotas? ¿Por qué habría que celebrarlo? Tengamos una conversación... pero en ese entonces nadie quería hablar de eso. Por el contrario, ahora hay conversaciones muy, muy importantes y amplias en la cultura trans sobre la masculinidad y la feminidad, ¡y ha sido fantástico verlo!

F y S: ¿Qué podría comentarnos sobre la importancia del lenguaje en la teoría **queer**?

JH: Bueno, tengo 63 años, así que era un adolescente en la década de 1970, en aquel momento no existía ninguna palabra que me permitiera definir. Nadie en la Europa de los setenta iría alegremente por ahí diciendo a la gente que era lesbiana, nadie. Si decías que alguien era lesbiana, era un insulto. Tampoco había un lenguaje para lo trans. Cero, cero. Y hace poco, estuve en un conversatorio en torno al nuevo libro de Judith Butler, con Butler. Y le dije a Butler (en cierto modo somos de la misma generación. Elle es un poco mayores que yo), yo le pregunté: “Si hubierais tenido acceso a realizar un transicionar cuando eras adolescente, ¿habría transicionado? Elle me dijo que sí. Entonces Butler me pregunto ¿y tú lo habrías hecho? y yo le dije: sí. Pero así no fue como pasaron las cosas, no tuvimos esa posibilidad. No lo teníamos. Durante mi adolescencia jamás existió el deseo de realizar una transición, porque no existía ese término. Ojalá pudiera ser un niño o un hombre, no significaba más que decir: ojalá pudiera vivir en Marte, porque no hay forma de llegar allí. ¿Hay vida en Marte? Sí. ¿Hay vida en Marte? Y la respuesta en ese momento fue, no lo sé. Nadie parece informar de que exista.

Y luego, en los últimos 15 o 20 años, ver el surgimiento de un conjunto de conversaciones muy articuladas en torno a lo trans* por parte de jóvenes trans, es increíble. Porque para la gente de mi edad, no teníamos eso. Y esto es cuando nuestros cuerpos estaban cambiando y nos hubiera gustado desesperadamente poder decirle a alguien, no, no quiero hacer esto. ¿Habría tomado pastillas para parar la pubertad? Sí. ¿Habría tomado testosterona? Sí. Pero a mi edad, ya sabes, ya no significa lo mismo para mí hacer eso. Pero habría sido absolutamente liberador entonces. Liberador. Si me lo hubieran ofrecido sin prejuicios y con

un simple: esto es una posibilidad. Tal vez esto es lo que eres. En lugar de: eso es enfermo, la gente que se siente así necesita ser hospitalizada. Es decir, estás en el cuerpo equivocado. Ese cuerpo equivocado no puede ser cambiado sin que básicamente arruines tu cuerpo. Así que lo que dices, sobre el lenguaje, es muy importante. Porque sin lenguaje, es difícil explicarse. O, es difícil simplemente vivir en el mundo sin esas posibilidades.

F y S: ¿Cree que la creación de nuevos lenguajes en la teoría queer ofrece la posibilidad de deshacer las ataduras impuestas por el capitalismo dominante en la cultura occidental?

JH: No lo sé. No estoy seguro de cuál sería la implicación de esa apertura, porque la flexibilidad en torno a la identificación de género también puede ser simplemente un signo de una dinámica de mercado neoliberal, en la que todo está permitido, en la que puedes ser esto o aquello. Facebook te ofrece 52 formas diferentes de nombrarte a ti mismo. Pero, al mismo tiempo, no somos tolerantes, y no somos una sociedad de posibilidades. Es una bonita fantasía, pero en realidad seguimos siendo extremadamente disciplinados, extremadamente gestionados, regulados y normalizados. Yo no diría que exista una relación unívoca entre la multiplicación de categorías de género y la flexibilidad de la norma. De hecho, yo diría que bajo el neoliberalismo se produce una intensificación de la regulación a través de lo que parece una flexibilidad de los regímenes corporales. Ahora bien, la categoría de “deshacer” es completamente diferente y, para mí, requiere una reflexión más profunda sobre lo que significa habitar un cuerpo y pertenecer a un sistema. Dentro de esa comprensión, se trata de trabajar activamente contra la lógica del sistema y las estructuras hegemónicas que este sostiene.

Hace un par de años, Christopher Chitty publicó un libro muy interesante titulado “Hegemonía sexual”, en este texto él sostiene que en todas las épocas se ha utilizado la sexualidad para renegociar los términos del poder y sus relaciones. Propone que el término “sodomía”, en lugar de limitarse a describir un acto sexual entre dos hombres, se refiere a un conjunto de relaciones entre hombres dentro de los sistemas de poder. Por ejemplo, en la Roma del siglo XV, los hombres jóvenes y los mayores intercambiaban favores. Esto puede llamarse sodomía, pero también puede entenderse como una forma de capitalismo, o incluso como una estrategia para alcanzar la hegemonía a través de las relaciones y los favores sexuales que los hombres jóvenes ofrecen a los mayores a cambio de ascenso social. Christopher Chitty estudió casos de Venecia, Roma, Florencia y otras ciudades europeas, extiende su análisis hasta el siglo XXI, observando fenómenos como los desfiles del orgullo gay y el matrimonio entre personas del mismo sexo, los cuales también considera parte de esta hegemonía sexual. Para Chitty, esto representa una negociación con el orden establecido: se sigue presentando a las personas LGBT como una minoría, incluso como rebeldes, cuando en realidad, en lugar de cuestionar el sistema, esta dinámica reafirma el poder existente.

F y S: ¿Es posible desafiar el orden establecido y pensar en alternativas? ¿Puede la teoría queer y Trans* inspirar este proceso?

JH: Es difícil (silencio) (risas). Bueno, aquí es donde podemos pasar a mi trabajo más reciente. Ahora mismo estoy terminando un libro que tiene varios títulos, por el momento se llama *unworlding*, siguiendo el camino trazado por Gordon Matta-Clark en la arquitectura, propongo una especie de *anarquitectura* trans y queer. A través de

este trabajo sugiero tomar prestado el lenguaje producido por la *anarquitectura*, que fue una práctica estética de la década de 1970, la cual buscaba destituir y deshacer las estructuras. El ejercicio es tomar prestado el lenguaje de la arquitectura para describir lo que significa *habitar* un cuerpo, dejando de lado por un momento el lenguaje de la construcción social, el cual describe como un cuerpo puede *convertirse* en esto, o en aquello. Es difícilísimo dejar atrás el lenguaje de el construccionismo, luego de haber logrado posicionar la idea de que no se nace así o asá, sino que se llega a serlo, es complejo porque hemos luchado mucho para decir que no estamos organizados de manera natural, ni orgánica, ni instantánea. Nosotros, de hecho, somos construidos socialmente. Y esa construcción social se convierte entonces en el lenguaje dominante para la descripción y discusión de temas LGBT. Propongo que hablemos de la arquitectura mediante la que ocurre esa construcción, me gusta pensar que es una sensibilidad punk, y es que Matta-Clark estaba trabajando en Nueva York al mismo tiempo que en el centro tocaban los New York Dolls, y sonaban los Ramones. La *anarquitectura* se entendía como una práctica vanguardista, Matta Clark hacía, creaba y deshacía cosas. ¿Qué pasa si tomamos el vocabulario de esta práctica estética de la destitución, y lo utilizamos en el cuerpo trans? Porque el cuerpo trans, en lugar de ser simplemente una reconstrucción de un cuerpo femenino como cuerpo masculino, o de un cuerpo masculino como cuerpo femenino, es de hecho una destitución a través de una serie de cortes en un cuerpo que apareció legiblemente en un sistema de género como X, y ahora no aparece simplemente como Y, sino que aparece como X con cortes y ediciones. Podríamos utilizar cualquier vocabulario para describir la encarnación queer y trans. Nos hemos decantado por lenguajes filosóficos, teatrales, performativos, que tienen relación con ciertos tipos de ontologías y epistemologías.

Hemos utilizado lenguajes que son sociológicos, como la “construcción social”. Está bien, eso nos lleva a ciertos resultados. Si dices performatividad, es distinto al construccionismo social. Y este a su vez, es distinto al lenguaje científico, que dice: “No. Tú has nacido así”. Todos estos caminos tienen distintos resultados. ¿Qué pasaría si usáramos el lenguaje estético que surge desde la arquitectura? De hecho, lo hacemos justamente porque existe una relación de larga data entre los cuerpos, los edificios y las estructuras. Comúnmente usamos el lenguaje de la arquitectura, la arquitectura del cuerpo es muy bella, consideramos que el cuerpo no es un objeto, sino que es un lugar que habitamos. Si decidimos usar este vocabulario, podemos llegar a imaginar la arquitectura de ese lugar que habitamos, así podría existir una arquitectura del género, donde a través de los cortes creados por la mastectomía o las cirugías de reasignación genal, se va deshaciendo el cuerpo sexuado, hasta el punto del colapso. Todo este nuevo lenguaje al que podemos acudir se presenta en la obra de Matta Clark, con la práctica de la *anarquitectura*. Para mí, esto significa que ya no tienes que limitarte a decir “soy como tú” o “soy como un hombre de verdad”. Ahora puedes afirmar algo como “tengo una masculinidad destituida” o “en mí, la masculinidad se des-hace de su forma normativa”. Y lo más importante, ahora puedes vincular formas no normativas de encarnación con otras luchas políticas, como las que tienen que ver con la propiedad inmobiliaria, el urbanismo o el medio ambiente, porque cuentas con un lenguaje que lo permite.

F y S: En ese sentido, si la forma en que hemos comprendido la realidad en Occidente se ha edificado sobre binarismos como viejo/joven, mente/cuerpo, hombre/mujer, ¿crees que el estudio de la experiencia trans, concebida como una experiencia colectiva, podría ofrecernos una vía para superar estas polaridades?

JH: No creo que la fenomenología haya ofrecido jamás una perspectiva liberadora. Y, en muchos casos, como sucede en el feminismo, el estudio de la experiencia conduce a relatos particulares que luego se presentan como una expresión colectiva de la corporeidad. Por lo tanto, no estoy convencido de que la experiencia de habitar el cuerpo sea algo que debamos privilegiar para encontrar una salida a las lógicas cartesianas o a las estructuras binarias. Creo que la clave para superar la obligación de pensar en términos binarios radica en la multiplicidad de expresiones de género que hoy emergen entre los jóvenes. Es crucial considerar la posición social que ocupan: carecen de poder político y, en su mayoría, viven en países gobernados por hombres blancos mayores con inclinaciones muy de-rechistas. Lo que llamamos no binario es, en realidad, un rechazo masivo a los sistemas binarios de dominación. No solo a la dicotomía hombre/mujer, sino también a la de izquierda/derecha, fascista/comunista, políticamente viable/inviable. Creo que estamos al borde de un gran cambio social impulsado por los jóvenes, porque la cultura también se ha polarizado mucho a nivel generacional. Cuando yo era joven, no había un conflicto generacional tan marcado. Existían diferencias según la mayoría de edad, pero no nos peleábamos. Hoy, en las últimas dos décadas, las comunidades queer y trans están profundamente divididas a nivel generacional. Creo que las sociedades se han fragmentado entre generaciones porque las personas mayores han acaparado los recursos, han engullido lo que quedaba y han destruido el medio ambiente. Hemos hecho imposible que los jóvenes prosperen. Hoy les resulta prácticamente imposible comprar una casa, pues los precios son inalcanzables y están profundamente endeudados. Al mismo tiempo, la sociedad les transmite que la única forma de prosperar es precisamente comprar una casa. Muchos de nosotros, los mayores, tuvimos la oportunidad de

acceder a educación gratuita, mientras que los jóvenes ya no tienen esa posibilidad.

Estamos al borde de una ruptura generacional que, probablemente, será revolucionaria. Y aunque no lo parezca, lo no binario es solo el principio, porque es una forma de rechazo, un llamado a no conformarse, a no aceptar el mundo tal como nos lo han impuesto. Si eres joven hoy, te dicen que debes pagar por tu educación, que acumularás deudas, que no podrás comprar una casa, que no serás independiente. Siempre serás explotado, y a tus políticos electos no les importa, porque son viejos y esa no es su realidad. Se espera que lo aceptes; puedes convertirte en uno de los jóvenes que apoya a esos viejos, o puedes decir que no. Lo no binario es un gran “NO” que se expresa a través del género, y esto tiene profundas implicaciones políticas. No tengo idea de cómo se desarrollará el concepto en el futuro, pero sé que, si yo fuera joven, mi animadversión se dirigiría contra aquellos que me han arruinado todo. Pero también vería que la obsesión con la vivienda y la construcción está destruida. La naturaleza especulativa del dinero ha promovido la propiedad, al mismo tiempo que niega la propiedad a los jóvenes. Por eso necesitamos empezar a ver la propiedad como un robo. Hay que comenzar a imaginar otras formas de vida, de habitar una casa o un cuerpo, que no se reduzcan a la propiedad capitalista. Necesitamos un lenguaje diferente, conceptos más amplios que “soy trans” o “soy queer”, porque los que tenemos ahora no logran capturar completamente esta experiencia.



● PUNTO DE VISTA ●

Fábula Del Nido Podrido

ANASTASIA BENAVENTE ESQUIVEL

@anastasiamariabenavente

MAURICIO SALINAS SODOMASS

Ilustración @sodomass_taller

Las ESCUELAS son nidos de ratas, ratones, gatos y gatas. Las ratas y ratones se visten de uniforme y son custodiados por gatas y gatos, quienes se visten con piel de oveja. Los nidos están organizados jerárquicamente, para hacer que ratas y ratones dejen de serlo y se conviertan en gatas y gatos.

Los gatos y gatas, concedores de los saberes del mundo de los gatos disfrazados con piel de oveja, se encargan de aleccionar a ratas y ratones; según patrones de comportamiento y reglas de la objetividad. Normas dictadas por el GATO mayor, una especie de fuente del conocimiento y dueño absoluto de todo, inclusive de las gatas. Estas son las encargadas de dar a luz a ratas y ratones, cuidarles y educarles.

Cabe destacar que hay uniformes diferentes para ratas y ratones. Al GATO mayor no le gustan los ratones pardos, ni nada que difiera

del sistema gatuno. ¡¡¡Ratas con Jumper, ratones con pantalones!!! Así nadie puede amenazar el DIMORFISMO, factor clave para la subsistencia y perpetuidad del gran GATO.

Como los gatos tienen el control del nido, gozan de sus privilegios. Cuando tienen hambre se comen a una ratita o ratoncito, dependiendo de la ocasión. Cuando tienen ganas de mostrar su poderío humillan con mayor frecuencia a las ratas, porque saben que los ratones pronto serán gatos como él. En cambio, las ratas si bien se convertirán en gatas, nunca podrán alcanzarle.

Cuando los ratones se visten de ratas, reciben un doble castigo, primero toda la humillación dada a las ratas y también la condena violenta por negarse a cumplir su destino de gatos. Algunos gatos se comen a los ratones vestidos como ratas, en la clandestinidad. Otros simplemente las matan.

Pero...Un día las ratas, las gatas y los ratones-ratas y gatos-gatas. Prenderán fuego a los nidos podridos, porque las escuelas son un caldo de cultivo para las enseñanzas del gran GATO. Y así libres vivirán sin necesidad de disfrazarse ni vestirse con otra piel.



El nido podrido. © Mauricio Salinas Sodomass

